

IMPRESIONES Y PAISAJES

CON UN POETA EN NUEVA YORK

FEDERICO GARCÍA LORCA



LA LÍNEA DEL HORIZONTE

ediciones



Federico
GARCÍA LORCA

*(Fuente Vaqueros, Granada 1898
Arroyo Viznar a Alfacar, 1936)*

Es, junto a Valle Inclán, la figura teatral más sobresaliente de su época y la intensidad de su trabajo como poeta y dramaturgo crece con el tiempo. Murió fusilado en los primeros momentos de la Guerra Civil. Su paso por la Residencia de Estudiantes y su amistad con figuras como Buñuel, Dalí o Alberti marcaron una obra profundamente original y grabaron para la posteridad el espíritu de una época, la Generación del 27, que supo retratar de forma intensa y profunda. Algunas de sus obras más reconocidas son *Yerma*, *Bodas de sangre*, *Mariana Pineda*, *La casa de Bernarda Alba* o *Poeta en Nueva York* (póstuma), tras una estancia de la que ofrecemos su poco conocida conferencia «Un poeta en Nueva York». Gran viajero, pasó por también por Cuba, Argentina y Uruguay. En su juventud recorrió gran parte del país a iniciativa de su profesor, Martín Domínguez Berrueta, cuya experiencia impregna estas páginas.

JOSÉ MANUEL QUEROL Y DANIEL MARÍAS son profesores del Departamento de Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid. Ambos imparten Filosofía, Lenguaje y Literatura, e Historia, Geografía y Arte, respectivamente.

Impresiones y paisajes

Con Un poeta en Nueva York

FEDERICO
GARCÍA LORCA



INTRODUCCIÓN
DE DANIEL MARÍAS
Y JOSÉ MANUEL QUEROL



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO | N°9

Impresiones y paisajes

Con Un poeta en Nueva York

FEDERICO
GARCÍA LORCA



Título original: *Impresiones y paisajes*

Primera edición original: Tipografía y Litografía Paulino Ventura Traveset,
Granada, 1918



Título de esta edición: *Impresiones y paisajes. Con Un poeta en Nueva York*

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, junio de 2019

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, 2019

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com



© de la introducción: Daniel Marías y José Manuel Querol



© de la maquetación y el diseño gráfico: Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá



Depósito legal: M-23825-2018 | ISBN: 978-84-17594-14-5 | IBIC: WTL

Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*



Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con
la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

PREFACIO ... 15

Impresiones viajeras de Federico García Lorca

Daniel Marías y José Manuel Querol

PRÓLOGO ... 47

MEDITACIÓN ... 55

ÁVILA ... 61

I ... 63 | II ... 64

MESÓN DE CASTILLA ... 67

LA CARTUJA ... 75

I ... 77

II. CLAUSURA ... 80

SAN PEDRO DE CARDEÑA ... 89

MONASTERIO DE SILOS ... 95

- I. EL VIAJE ... 97
- II. COVARRUBIAS ... 100
- III. LA MONTAÑA ... 103
- IV. EL CONVENTO ... 106
- V. SOMBRAS ... 121

SEPULCROS DE BURGOS ... 125

- I. LA ORNAMENTACIÓN ... 127
- II ... 130

CIUDAD PERDIDA ... 135

- I. BAEZA ... 137
- II ... 142
- III. UN PREGÓN EN LA TARDE ... 143

LOS CRISTOS ... 145

GRANADA ... 151

- I. AMANECER DE VERANO ... 153
- II. ALBAYZÍN ... 154
- III. CANÉFORA DE PESADILLA ... 159
- IV. SONIDOS ... 161
- V. PUESTAS DE SOL. VERANO. INVIERNO ... 164

JARDINES ... 167

- I. JARDÍN CONVENTUAL ... 170
- II. HUERTOS DE LAS IGLESIAS RUINOSAS ... 172
- III. JARDÍN ROMÁNTICO ... 173
- IV. JARDÍN MUERTO ... 177
- V. JARDINES DE LAS ESTACIONES ... 179

TEMAS ...	181
RUINAS ...	185
FREDELVAL ...	189
UN PUEBLO ...	190
UNA CIUDAD QUE PASA ...	190
UN PALACIO DEL RENACIMIENTO ...	190
PROCESIÓN ...	191
AMANECER CASTELLANO ...	193
MONASTERIO ...	193
CAMPOS ...	194
MEDIODÍA DE AGOSTO ...	195
UNA VISITA ROMÁNTICA: SANTA MARÍA DE LAS HUELGAS ...	196
OTRO CONVENTO ...	197
CREPÚSCULO ...	198
TARDE DOMINGUERA EN UN PUEBLO GRANDE ...	199
IGLESIA ABANDONADA ...	202
PAUSA ...	203
UN HOSPICIO DE GALICIA ...	204
ROMANZA DE MENDELSSOHN ...	205
CALLES DE CIUDAD ANTIGUA ...	206
EL DUERO ...	207
APÉNDICE ...	209
<i>Nueva York y la experiencia americana</i> Daniel Marías y José Manuel Querol	
CONFERENCIA ...	237
<i>Un poeta en Nueva York</i> Federico García Lorca	
NOTA A ESTA EDICIÓN ...	251



PREFACIO

IMPRESIONES VIAJERAS
DE FEDERICO GARCÍA LORCA

DANIEL MARÍAS
Y JOSÉ MANUEL QUEROL





Moreno oliváceo, ancha la frente, en la que le latía un mechón de pelo empavonado; brillantes los ojos y una abierta sonrisa transformable de pronto en carcajada; aire no de gitano, sino más bien de campesino, ese hombre, fino y bronco a la vez, que dan las tierras andaluzas. [...] Había *magiri*, duende, algo irresistible en todo Federico. ¿Cómo olvidarlo después de haberlo visto o escuchado una vez? Era, en verdad, fascinante: cantando, solo o al piano, recitando, haciendo bromas e incluso diciendo tonterías». Así describe en *La arboleda perdida* Rafael Alberti a Federico García Lorca —que decía de sí mismo que había heredado de su padre la pasión y de su madre la inteligencia, según le confesó a Ernesto Giménez Caballero—, autor de una singularísima obra, en la que, por fortuna, es posible sumergirse una y otra vez con fruición, hasta en sus creaciones de juventud y consideradas menores o de escaso valor literario por la crítica especializada.

Un siglo después de su primera edición, y pese a la existencia de otras posteriores, e incluso de alguna reciente que coincide en el tiempo con este homenaje centenario, *La Línea del Horizonte* ha decidido dar de nuevo a la imprenta *Impresiones y paisajes* (1918), primer libro de Federico García Lorca. Ello obedece a que, pese a todo, sigue siendo un texto poco conocido e insuficientemente leído por el gran público, incluso entre los amantes de los libros de viajes.

¿Ante qué nos encontramos? Por lo pronto, como ya se ha apuntado, ni más ni menos que ante la primera obra publicada por García Lorca; se trata, por tanto, del más temprano fruto de «uno de los seres humanos más artísticamente dotados de todos los tiempos», como apostillaba su biógrafo, Ian Gibson, y que marca un

nuevo periodo vital y creativo y anticipa y condensa la evolución literaria de su autor¹. Es, además, el único libro de este género, escrito en prosa lírica, por el poeta y dramaturgo granadino, entonces veinteañero, y poco tiempo después genio de las letras, mundialmente conocido por monumentos literarios como el *Romancero gitano* (1928), *Bodas de sangre* (1933), *La casa de Bernarda Alba* (1936) o *Poeta en Nueva York* (1940), obra de viaje póstuma en torno a la que también se aportan algunos materiales de interés en la presente edición².

Entre las páginas de *Impresiones y paisajes* es posible asistir, de modo práctico, a la gestación literaria del escritor, y encontrar influencias impresionistas y simbolistas —de gran importancia en nuestros autores de la primera mitad del siglo XX— tanto como modernistas, pero también la impronta que la denominada generación del 98 y el Regeneracionismo dejaron bajo la línea de flotación de la generación lorquiana, así como las ideas y los modos de hacer de la generación de 1914.

Entre otras cosas, como ejemplo diáfano de lo que será la madurez literaria de Lorca, en *Impresiones y paisajes* están inscritas, de un modo u otro, las notas compositivas de muchos de los más

1 La bibliografía existente sobre la vida y la obra de Federico García Lorca es de un enorme caudal. Mencionaremos aquí tan solo, para aquellos que deseen adentrarse en ellas, su *Epistolario completo*, compilado por Christopher Maurer y Andrew A. Anderson (Cátedra, 1997); *Federico y su mundo* (Alianza Editorial, 1980) y *Recuerdos míos* (Tusquets, 2002), libros de sus hermanos Francisco e Isabel; así como los ensayos de Ian Gibson *Federico García Lorca. I. De Fuente Vaqueros a Nueva York. 1898-1929* (Grijalbo, 1988) y *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca* (Plaza & Janés, 1998; ed. revisada y corregida, Debolsillo, 2016).

2 *Poeta en Nueva York*, pese a haberse empezado a gestar durante la estancia de García Lorca en dicha ciudad, entre 1929 y 1930, no vio la luz sino hasta diez años después, en 1940, asesinado García Lorca y finalizada la Guerra Civil española. De hecho, en mayo de ese año se publicó la edición bilingüe de W. Norton, *The poet in New York and other poems*, New York, Norton; y en junio la dirigida en el exilio por José Bergamín *Poeta en Nueva York*, México, Editorial Séneca. La primera edición del original, fijada y anotada por Andrew A. Anderson, vio la luz en 2013 gracias a Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.

relevantes textos lorquianos, tal y como apunta Pablo Valdivia³; *Mariana Pineda* o *Yerma* tendrían su germen en las descripciones sobre las convenciones sociales que aparecen en la descripción de las muchachas castellanas, de igual modo que el personaje de Martín de *El lenguaje de las flores* tiene notas que parecen ser la transposición literaria evocativa de Martín Domínguez Berrueta, el profesor de Lorca y guía de viaje; el silencio de los claustros y las calles castellanas, y su ambiente opresivo, quizás fueran el origen del silencio triste de *La casa de Bernarda Alba*, como aquel *aire de hierro* de Ávila o Zamora se reconstruyen *en aurora con columnas de cieno* en *Poeta en Nueva York*. Hasta *Mariana Pineda* tiene su avatar en la Doña Jimena de *Impresiones y paisajes*, quizás derivada de la ósmosis regeneracionista lorquiana.

De igual modo, la clasificación de cada una de las estampas como «escena» acerca la concepción poética lorquiana primera al teatro tardorromántico modernista, a Marquina y a Villaespesa, que él aplica en el *atrezo* del *decorum* y en el tono (entre descriptivo y elegíaco); si bien, y de acuerdo con Ramón Asquerino, quizás el término más apropiado para cada escena sea el de «estampa», y entonces aparecen de modo claro en *Impresiones y paisajes* textos de Gabriel Miró (tan olvidado hoy), como *El humo dormido*⁴, que también se mira en la prosa de Azorín —sobre todo en la lentitud del *tempo* de las descripciones— y en la pintura impresionista de Joaquín Sorolla o Darío Regoyos; melancolía y misticismo miro-nianos, entre románticos y modernistas, a los que dota Lorca de una modulación simbolista a través del uso de la sinestesia para muchas de las descripciones; no en vano Lorca es también músico, y por eso todo suena, ya se trate de ruidos, melodías o voces. Incluso

3 VALDIVIA, Pablo, *La vereda indecisa. El viaje hacia la literatura de Federico García Lorca*, Granada, Diputación de Granada, 2009, pp. 216-329.

4 Cfr. MIRÓ, Gabriel, *El humo dormido*, edición de Vicente Ramos, Madrid, Cátedra, 1978.

«suena» el silencio —con gran protagonismo en el libro—, y no digamos los ecos.

Indudablemente, todas estas cosas —la personalidad y precocidad de su autor, así como la singularidad del texto— confieren a esta obra un valor intrínseco; pero, además, *Impresiones y paisajes* es un hermoso compendio de vigorosas y originales descripciones y evocaciones de distintos rincones y gentes de nuestro país, que nos transportan a una época ya fenecida —evocada por las postales en color sepia— y en nuestra humilde opinión nos sumergen, pese la bisonéz de Lorca, en el fascinante y gozoso mundo de la literatura con mayúscula.

Según García Lorca, «la ornamentación es el ropaje y las ideas que envuelven a toda obra artística. La idea general de la obra son las líneas y por lo tanto su expresión. El artista lo primero que debe tener en cuenta para la mejor comprensión de su alma es el primer golpe de vista, o sea el conjunto del monumento, pero para expresar sus pensamientos y su intención filosófica se vale de la ornamentación, que es lo que habla gráfica y espiritualmente al que lo contempla»⁵. Pues bien, la ornamentación cobra un gran protagonismo en *Impresiones y paisajes* y es sumamente rica. Tanto, que podríamos decir, sin exageración, que nos hallamos ante una geografía lírica, prosa poética, musical y pictórica, impresionista y simbolista, de gran plasticidad. El autor trata de expresar de dicha forma lo que siente, de compartir, no sin cierto pudor, los ecos que las cosas hacen resonar en su interior; como subraya en el prólogo, «hay que interpretar siempre escanciando nuestra alma sobre las cosas»⁶. García Lorca no pretende describir las cosas tal y como son, sino tamizadas y a través de las emociones y sentimientos que le provocan. En este sentido, nada le es ajeno ni le deja indiferente.

5 GARCÍA LORCA, 1918, p. 127. (Esta y las siguientes corresponden a la presente edición).

6 *Ibidem*, p. 52.

Su deseo es «verlo todo, sentirlo todo».

Geografía lírica en la que el poeta se hace acompañar de otros artistas viajeros que dormitan en su memoria, en sus lecturas y en su retina, y se filtran en las líneas que va escribiendo. Azorín —pese a que García Lorca lo aborrece— se cuela en la identificación de Castilla y España, y en la construcción de oraciones cortas, en el decadentismo manifiesto, como en *La ruta de Don Quijote* (1905), del mismo modo que se deja ver la desolación machadiana de *Campos de Castilla* (1912), que incluso recuerda temáticamente en la escena «Un hospicio en Galicia», que Lorca introduce en la tercera parte del texto («Temas»); también Baroja y su mística (*Camino de perfección*, 1902), la visión romántica de Regoyos —al que García Lorca califica de genial en su libro— y su reivindicación de la justicia social, los crepúsculos de Unamuno —apreciado por Lorca— en sus viajes *Por tierras de Portugal y España* (1911), los jardines solitarios de Juan Ramón Jiménez —también elogiado en *Impresiones y paisajes*—, y hasta Paul Verlaine (a través de Rubén Darío), el conde de Lautréamont e incluso Maurice Maeterlinck —asimismo alabado en dicha obra—, el Valle-Inclán —otro autor despreciado por García Lorca— de las *Sonatas* (1902-1905) y la melancolía mediterránea de la pintura de Santiago Rusiñol —ni siquiera escapará la impronta de Zuloaga en la descripción de los cristos lorquianos o El Bosco—.

Pintura y música, música y pintura, para hacer literatura con toda su biblioteca a disposición de lo que su mirada le devuelve del paisaje. Lorca, nacido en 1898, el «año del desastre», de la pérdida de Filipinas y de las últimas colonias americanas, se impregnó de la cultura y el pensamiento finiseculares y de principios del siglo XX, pese a que nunca fue lo que se dice un buen estudiante. Sin embargo, parece ser que sí que fue un voraz lector. Pepín Bello, conocido por la íntima amistad fraguada en la Residencia de Estudiantes con Dalí, Buñuel y García Lorca, comentaba respecto a este último que

«lo había leído todo. No sé si se lo había imbuido Dios, pero lo había leído todo, y eso que nunca fue un beato con libros, nunca fue bibliófilo y su biblioteca era más bien escasa»⁷.

El viaje no lo es si no se acompaña de la experiencia, y la experiencia lorquiana es libresca y plástica, es musical, y es capaz de sustanciar y reorganizar su memoria como memoria cultural que impregna la visual, enriqueciéndola, de modo que el paisaje, los edificios, los personajes que ve pasar, son suyos, pero también de Machado, Unamuno o Miró. Pero también Lorca viaja consigo mismo desde *Impresiones y paisajes*; la «sangre de pámpanos» de *El Público* está ya en «Sepulcros de Burgos», el bestiario lorquiano, las vacas, las palomas, los perros, los caballos, la geografía de acequias, de ruinas, de balcones, de calles, de yedras..., que parecen acompañar a su retina desde los viajes con Berrueta hasta que se apagara cuando, como él decía, «Lobos y sapos cantan en las hogueras verdes». La gran sensibilidad de García Lorca —no nos cabe duda de que fue lo que algunos psicólogos denominan hoy día «persona altamente sensible»⁸— se percibe con claridad en esta obra de juventud, quedando materializada en vívidas descripciones que ponen en juego los sentidos de una forma rotunda.

Los viajes en grupo realizados por García Lorca, y que constituyen el alimento que nutre *Impresiones y paisajes*, tenían como nodos e hitos principales algunas ciudades españolas, si bien esto no queda tan claramente evidenciado en el libro por el protagonismo concedido a cada descripción; algunas descripciones son breves, y otras directamente inexistentes. Además, de lo escrito a lo finalmente publicado en forma de libro, se observan variaciones y omisiones.

7 CASTILLO, David y SARDÁ, Marc, *Conversaciones con José «Pepín» Bello*, Barcelona, Anagrama, 2007, pp. 43-44.

8 ARON, Elaine, *El don de la sensibilidad. Las personas altamente sensibles*, Barcelona, Ediciones Obelisco, 2006. Creemos de utilidad una revisión de la vida y la obra de García Lorca teniendo esto en consideración.

Para evidenciar esto aludiremos al caso de la ciudad de Ávila, con la que prácticamente se inicia la obra. Le causa una muy buena impresión, pese a lo cual no se extiende demasiado. Dirá de ella que se trata de «la ciudad más castellana y más augusta de toda la meseta colosal». La buena conservación de su casco histórico le lleva a resaltar la presencia en su interior de un «espíritu antiquísimo». Su urbanismo le invita a viajar en el tiempo varios siglos atrás. A sus padres les escribirá el 19 de octubre de 1916 contándoles con emoción: «es como si la Edad Media se hubiera levantado del suelo»⁹. Y en su obra dirá en el mismo sentido que es como si se hubiera hecho realidad el escenario de un cuento infantil. En unas notas manuscritas que quedaron sin publicar insistirá en que «Ávila es una ciudad de ensueño y poesía», en la que su glorioso pasado tiene gran protagonismo.

Llama la atención el hecho de que omita en su libro algunas cosas que le causaron una honda impresión, y de las que por fortuna tenemos testimonio tanto por la correspondencia como por las mencionadas notas inéditas. Curiosamente no referirá en su libro algo que le parece «de lo más interesante de Ávila», la oportunidad de ver a la gente ataviada con trajes típicos y de poder intercambiar impresiones: «Los campesinos visten como antiguamente, las mujeres con faldas enormes de anchas y de muchos colorines, con grandes pañuelos de flores y preciosos aretes; hombres, pantalón corto. Chaquetilla corta y sombrero calañés. Hablan divinamente y están enormemente educados». Más llamativo aún resulta que, aunque en su libro dirá que «nadie debe de hablar ni de pisar fuerte para no ahuyentar al espíritu de la sublime Teresa», no aludirá más a la santa pese a que, según él, «el alma de la dulcísima Teresa está suspendida sobre la ciudad» y pese a que, como ha quedado evidenciado, estuvieron en Ávila coincidiendo con las fiestas de-

9 GARCÍA LORCA, FEDERICO, *Obras completas*, Miguel García-Posada (Ed.), 4 vols., Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 1997, vol. III, p. 647.

dicadas a la abulense más universal y tuvieron la oportunidad no solo de empaparse del ambiente reinante, sino también de hacer exhaustivas visitas guiadas y con trato de privilegio. Es más, ni siquiera alude en su libro a un episodio verdaderamente singular, vivido gracias a las gestiones de Domínguez Berrueta, que le dejó marcado, según le decía a sus padres: «Estoy contentísimo porque he visto un convento de clausura perpetua [...] todo por dentro. [...] Hemos puesto una pica en Flandes. Eso no lo ha visto nadie más que el Rey y nosotros. [...] a la clausura no entra nadie y hemos entrado nosotros. [...] Con permiso especial del Nuncio hemos visitado la clausura del convento de la Encarnación [...]. Yo estaba emocionado de ver aquellos claustros donde vivió la gloria más alta de España, la mujer más grande del universo como es Teresa de Jesús; de ver y tocar la cama donde descansó, las sandalias, la celda donde vivía y donde se le apareció Cristo atado a la columna, y el locutorio donde hablaba con el sublime místico san Juan de la Cruz y san Pedro de Alcántara». No solo disfrutó mucho, también pensó que lo hubiera hecho su familia con «estas cosas que hacen volver la vista a otra parte más alta que la tierra». Y se llevó recuerdos en la memoria, pero también otros más materiales: «Como llevaba navaja, don Martín me hizo cortar astillas de todo lo que usó la santa y [que] las llevó a Granada. Las monjas nos dieron escapularios y reliquias de la santa y de san Juan. Sacamos fotografías de las monjas a hurtadillas (no querían)»¹⁰.

Hay, pues, como ha quedado dicho y evidenciado, ostensibles diferencias entre lo publicado en *Impresiones y paisajes*, y lo vivido por García Lorca, así como lo escrito por él mismo en cartas y en otros textos, algunos de los cuales fueron dados a la imprenta antes de la aparición del libro.

Paradójicamente, tratándose de un libro de viajes, la ciudad a la que mayor atención dedica es Granada, a la que no viaja, sino

10 GARCÍA LORCA, *Obras completas, III*, 1997, p. 648

en la cual reside. Se trata, con todo, de atípicas estampas —algunas de gran interés y calidad, como las «sonoras»—, mereciendo notable protagonismo dentro del conjunto el barrio del Albaicín, de «espantosos contrastes de misticismo y lujuria»; «el Albayzín miedoso y fantástico, el de los ladridos de perros y guitarras dolientes, el de las noches oscuras en estas calles de tapias blancas, el Albayzín trágico de la superstición, de las brujas echadoras de cartas y nigrománticas, el de los raros ritos de gitanos, el de los signos cabalísticos y amuletos, el de las almas en pena, el de las embarazadas, el Albayzín de las prostitutas viejas que saben del mal de ojo, el de las seductoras, el de las maldiciones sangrientas, el pasional...»¹¹.

En cualquier caso, como hemos apuntado, las descripciones de ciudades, por lo general, brillan por su ausencia en la obra. Se trata pues, de un libro de viajes atípico, en el que incomprensiblemente García Lorca nada dice de lugares de gran enjundia —ni rastro de Segovia, ni de Toledo, ni de Salamanca, ni de Córdoba, ni de Madrid, ni de otras ciudades visitadas—, teniéndonos que conformar con asomarnos brevemente a su opinión sobre algunas ciudades gracias a la correspondencia que se ha conservado; así sabemos que para él Burgos «es maravilloso, tanto en lo antiguo (que es de lo mejor de España) como en lo moderno»¹², que «León es hermoso»¹³, que «Coruña gustóme mucho, sobre todo el mar»¹⁴,

11 GARCÍA LORCA, 1918, p. 156.

12 GARCÍA LORCA, *Obras completas, III*, 1997, p. 652. Por otra carta, muy posterior (1924), sabremos la honda huella dejada en él por Burgos, donde permaneció un tiempo junto a Martín Berrueta: «¡Qué dulce recuerdo lleno de verdad y de lágrimas me sobrecoge cuando pienso en Burgos...! [...] Yo estoy nutrido de Burgos, porque las grises torres de aire y plata de la catedral me enseñaron la *puerta estrecha* por donde yo había de pasar para conocerme y conocer mi alma. ¡Qué verdes chopos! ¡Qué viejo viento! ¡Ay, torre de Gamonal y sepulcro de San Amaro!, y ¡ay, mi niño corazón!... mi corazón como nunca jamás estará de vivo, lleno de dolor y gracia eterna» (GARCÍA LORCA, *Obras completas, III*, 1997, p. 806).

13 GARCÍA LORCA, *Obras completas, III*, 1997, p. 651.

14 *Ibidem*.

que Palencia es «una cosa rarísima y que yo nunca me hubiera figurado»¹⁵, o que «Madrid, cada vez que lo veo, me gusta más por la despreocupación que aquí reina. [...] Siempre que he pasado por Madrid me han entrado ganas de venirme a estudiar aquí, no por la ciudad porque al fin y al cabo Granada es infinitamente mejor que esto, sino por las gentes, que son bien distintas, y porque aquí, pudiendo estar sin fatigas económicas, es muy fácil triunfar en cualquier orden de cosas»¹⁶.

Como ha quedado patente con anterioridad, a García Lorca le interesan especialmente y llaman la atención lugares y aspectos de significación religiosa. En efecto, a lo largo del libro el lector se topa con cierta frecuencia con descripciones y pasajes con claras connotaciones religiosas, como en las páginas dedicadas a la cartuja de Miraflores (Madrid) y los monasterios de San Pedro de Cardena y Silos (Burgos), por mencionar algunos ejemplos destacados, que no únicos. También habrá lugar para explayarse acerca de sepulcros, Cristos, procesiones... Cabe señalar que hay en García Lorca una temprana atracción por estos temas que tiene que ver con las tradiciones, los rituales, la liturgia, la estética, la escenografía... incluso con el retiro, la calma y el silencio..., pero también ha de tenerse presente lo místico y espiritual, y su «angustia constante del más allá»¹⁷.

Además de ciudades y pueblos, y de distintos monumentos, García Lorca repara en el paisanaje, como por ejemplo cuando describe: «Hay en las puertas de las casas mujerucas fracasadas,

15 *Ibidem*, p. 654.

16 *Ibidem*, p. 653.

17 GARCÍA LORCA, *Obras completas, III*, 1997, p. 615. «Federico, de pequeño, aun- que esto yo no llegué a verlo, jugaba a decir misa. Pero lo que sí recuerdo haber visto es una caja cuadrada grande donde había candelabros, sacras, un pequeño cáliz, cosas que él utilizaba en sus juegos» (GARCÍA LORCA, Isabel, 2002, p. 48). Acerca del singular senti- miento religioso de García Lorca, manifestado desde sus inicios como escritor, remitimos al lector a la obra de Eutimio Martín, *Federico García Lorca: heterodoxo y mártir (Análisis y proyección de la obra juvenil inédita)*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

con los ojos hundidos en las arrugas amarillas de su piel. Hay hombres que andan lentamente, con las caras negruzcas, los hombros estrechos. [...] Pasan unas mozuelas por la calle con sus refajos vuelosos, de caderas exageradas pasadas de moda, pero en sus rostros jóvenes está impreso el amargo sello del aburrimiento trágico de la población»¹⁸. O cuando reproduce alguna conversación o nos ofrece galerías de personajes: «Siguió el desfile de tipos campesinos, que todos parecen iguales, con sus ojos siempre entornados por la costumbre de mirar toda la vida al campo y al sol... y pasaron esas mujeres, que son un haz de sarmientos, con los ojos enfermos y los cuerpos gibosos, que van con gestos de sacrificadas a que las curen en la vecina ciudad»¹⁹. Y es que a García Lorca, aunque en esta obra no quede tan patente, le interesa «más la gente que habita el paisaje que el paisaje mismo. Yo puedo estarme contemplando una sierra durante un cuarto de hora. Pero en seguida corro a hablar con el pastor o el leñador de esa sierra»²⁰.

García Lorca no solo describe algunas de las poblaciones —de distinto tipo— por las que transita, los monumentos que visita o la gente que ve y con la que en ocasiones habla. También pone de manifiesto una honda sensibilidad para los fenómenos atmosféricos, y en general para las «cosas del campo», entendidas en sentido amplio. En una entrevista de 1933 declaraba con rotundidad: «El campo me gusta más que nada»²¹. Y en otra dada al año siguiente ahondaría en ello: «Amo a la tierra [...]. Me siento ligado a ella en todas mis emociones. Mis más lejanos recuerdos de niño tienen sa-

18 GARCÍA LORCA, 1918, p. 101.

19 *Ibidem*, pp. 72.

20 PROEL, «Galería. Federico García Lorca, el poeta que no se quiere encadenar. Infancia de campo. El paisaje y el hombre. El teatro pseudo intelectual. América. Obra en proyecto. Una sana risa para todo», *La Voz*, Madrid, 18 de febrero de 1935, p. 3. *Obras completas, III*, 1997, p. 556.

21 M., «Un reportaje. El poeta que ha estilizado los romances de plazuela», *El Debate*, Madrid, 1 de octubre de 1933, p. 17. GARCÍA LORCA, *Obras completas, III*, 1997, p. 430.

bor de tierra»²². Por tanto, no es de extrañar toparse en *Impresiones y paisajes* con algún pasaje como este: «Vuelven a pasar las agrestes plenitudes de la sierra. De grietas enormes nacen alcaparras como verdes cascadas congeladas sobre las piedras. Hay raros alfabetos en los suelos y en las paredes gigantes. Hay rostros y escenas dibujados en las canteras. Hay pedruscos redondeados que están sobre las pendientes con ansia de rodar a la calma cárdena de las honduras. Hay serios bosquecillos de retamas que son las moradas oscuras de los lagartos. En el olvido de algunos esquinazos abren las bocas de sus antros las culebras»²³.

Es más, no solo están presentes en las descripciones paisajísticas de García Lorca elementos como el relieve, la vegetación o la fauna; también en ellas cobran protagonismo elementos más sutiles, como el viento: «Suenan el viento de la sierra con ruido dramático... Viento fuerte, cargado de aromas admirables. Viento agradable y dulce, con solemnidad bíblica. Viento de leyendas de ánimas y cuentos de lobos. Viento que tiene alma de invierno eterno, acostumbrado a ladridos de perros y rodar de peñas en el misterio de la media noche... Viento lleno de poesía popular, cuyo encanto miedoso nos enseñó la abuela al conjuro de sus cuentos...»²⁴.

Asimismo, García Lorca nos hace partícipes de las características de cada estación del año, así como de sus variaciones, lo que incide en la consciencia del paso del tiempo a escala lenta, que combina con los ciclos diurnos, pues también llega a introducir descripciones tanto diurnas como vespertinas y nocturnas.

Mención especial merece el jardín —entendido en sentido amplio—, creación en que se funde la naturaleza con lo humano y por la que muestra gran querencia García Lorca; tanto es así que

22 LUNA, José R., «La Vida de García Lorca, Poeta», *Crítica*, Buenos Aires, 10 de marzo de 1934, p. 3. GARCÍA LORCA, *Obras completas, III*, 1997, p. 526.

23 GARCÍA LORCA, 1918, p. 105.

24 *Ibidem*, p. 104.

le dedica una sección en su libro, pues «todas las melancolías tienen esencia de jardín [...]. Parece que los jardines se hicieron para servir de relicario a todas las escenas románticas que pasaran por la tierra»²⁵.

A poco que uno observe con cierto detalle, se dará cuenta de que muchos de los textos contenidos en *Impresiones y paisajes* son, en cierto modo, «ageográficos»; prescinden a menudo de referencias explícitas que permitan identificar el lugar concreto del que se está hablando, quizá porque a su autor le interese más la expresión de ideas, sentimientos, ambientes, tipos... que su anclaje a un territorio determinado. En cierto modo, es la antítesis a una crónica de viajes, en buena medida se esfuma, o queda difuminado, o vagamente caracterizado, y otro tanto ocurre con la cronología, que es alterada, retorcida y fracturada cuando no triturada. No importa tanto el dato, la precisión, el rigor... Tampoco una supuesta objetividad para quien es capaz de descubrir «en las formas exteriores de las cosas el alma vital que las anima»²⁶.

Y es que, como también ha podido verse por lo mostrado hasta ahora, los escritos de García Lorca son, además, cualquier cosa menos académicos. Y eso que *Impresiones y paisajes* sintetiza varios «viajes de estudios» —«estudiamos una barbaridad», «enterándome de tantas cosas que no sabía y que hacen falta para una cultura un poco sólida», dirá por carta García Lorca a su familia—. No está de más mencionar que, en última instancia, es una feliz consecuencia de la actividad educativa, cultural y viajera emanada de la Institución Libre de Enseñanza²⁷, creada en 1876, y que tantos y tan buenos frutos dio en lo que con justicia se considera la

25 GARCÍA LORCA, 1918, p. 169.

26 LUNA, Luis de, «Comentarios. Impresiones y paisajes», *El Éxito*, Granada, nº 95, 10 de mayo de 1918.

27 Por su brevedad e interés remitimos al lector que no tenga nociones al respecto al artículo de GONZÁLEZ TRUEBA, Juan José «El legado de Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza: geografía, naturaleza y cultura en España», *Ábaco. Revista de cultura y ciencias sociales*, nº 90, 2016, pp. 45-55.

Edad de Plata de la Cultura española, que se extiende desde entonces hasta la Guerra Civil. Más concretamente, tiene su origen en el ímpetu excursionista y didáctico de Martín Domínguez Berrueta (1869-1920), catedrático de Arte y Literatura en la Universidad de Granada y profesor de Federico García Lorca, hondamente preocupado por la necesidad de reformar la enseñanza, y que aplicaba la pedagogía institucionista haciendo viajes con sus alumnos²⁸. Con él recorrió Lorca parte de Andalucía, Castilla y Galicia entre 1916 y 1917, viajes que el poeta convirtió, en sus propias palabras, en «escenas», algunas de las cuales fueron impresas como artículos por el *Diario de Burgos*, por la revista granadina *Letras* o por la revista sevillana *Grecia*, y que finalmente agrupó, a menudo modificadas, junto a otras que no habían visto la luz, y fueron editadas en esta publicación no venal²⁹ que accedió a sufragar su padre —«agricultor, hombre rico, emprendedor», en palabras de su hijo— y que apenas tuvo eco ni lectores.

No tenemos la menor duda de que estas publicaciones —artículos y libro— fueron alentadas por Domínguez Berrueta, que entre otras cosas, como director de la revista de la Facultad de Letras de la Universidad de Granada *Lucidarium*, no solo fomentaba la publicación en ella de los profesores, sino también por parte de los alumnos —entre otros, textos relacionados con las excursiones comandadas por el propio Domínguez Berrueta—.

28 GALLEGO MORELL, Antonio, *El renacimiento cultural de la Granada contemporánea. Los Viajes Pedagógicos de Berrueta. 1914-1919*, Granada, Comares, 1989.

29 Cfr. el estudio pormenorizado que hace Rafael Lozano Miralles en su edición: GARCÍA LORCA, F., *Impresiones y paisajes*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 249-301.



PRÓLOGO



A la venerada memoria de mi viejo maestro de música, que pasaba sus sarmentosas manos, que tanto habían pulsado pianos y escrito ritmos sobre el aire, por sus cabellos de plata crepuscular, con aire de galán enamorado y que sufría sus antiguas pasiones al conjuro de una sonata Beethoveniana. ¡Era un santo!

Con toda la piedad de mi devoción.

EL AUTOR



Amigo lector: si lees entero este libro, notarás en él una cierta vaguedad y una cierta melancolía. Verás cómo pasan cosas y cosas siempre retratadas con amargura, interpretadas con tristeza. Todas las escenas que desfilan por estas páginas son una interpretación de recuerdos, de paisajes, de figuras. Quizá no asome la realidad su cabeza nevada, pero en los estados pasionales internos la fantasía derrama su fuego espiritual sobre la naturaleza exterior agrandando las cosas pequeñas, dignificando las fealdades como hace la luna llena al invadir los campos. Hay en nuestra alma algo que sobrepuja a todo lo existente. En la mayor parte de las horas este algo está dormido; pero cuando recordamos o sufrimos una amable lejanía se despierta, y al abarcar los paisajes los hace parte de nuestra personalidad. Por eso todos vemos las cosas de una manera distinta. Nuestros sentimientos son de más elevación que el alma de los colores y las músicas, pero casi en ningún hombre se despiertan para tender sus alas enormes

y abarcar sus maravillas. La poesía existe en todas las cosas, en lo feo, en lo hermoso, en lo repugnante; lo difícil es saberla descubrir, despertar los lagos profundos del alma. Lo admirable de un espíritu está en recibir una emoción e interpretarla de muchas maneras, todas distintas y contrarias. Y pasar por el mundo, para que cuando hayamos llegado a la puerta de la «ruta solitaria» podamos apurar la copa de todas las emociones existentes: virtud, pecado, pureza, negrura. Hay que interpretar siempre escanciando nuestra alma sobre las cosas, viendo un algo espiritual donde no existe, dando a las formas el encanto de nuestros sentimientos, es necesario ver por las plazas solitarias a las almas antiguas que pasaron por ellas; es imprescindible ser uno y ser mil para sentir las cosas en todos sus matices. Hay que ser religioso y profano. Reunir el misticismo de una severa catedral gótica con la maravilla de la Grecia pagana. Verlo todo, sentirlo todo. En la eternidad tendremos el premio de no haber tenido horizontes. El amor y la misericordia para con todos y el respeto de todos nos llevará al reino ideal. Hay que soñar. Desdichado del que no sueñe, pues nunca verá la luz... Este pobre libro llega a tus manos, lector amigo, lleno de humildad. Te ríes, no te gusta, no lees más que el prólogo, te burlas... Es igual, nada se pierde ni se gana..., es una flor más en el pobre jardín de la literatura provinciana... Unos días en los escaparates y después al mar de la indiferencia. Si lo lees y te agrada, también es igual. Solamente tendré el agradecimiento espiritual tan fino y estimable... Esto es muy sincero. Ahora, camina por las páginas.

Se descorre la cortina. El alma del libro va a ser juzgada. Los ojos del lector son dos geniecillos que buscan las flores espirituales para ofrendarlas a los pensamientos. Todo libro es un jardín. ¡Dichoso el que lo sabe plantar y bienaventurado el que corta sus rosas para pasto de su alma!... Las lámparas de la fantasía se encienden al recibir el bálsamo perfumado de la emoción.

Se descorre la cortina.



ÁVILA



I

Fue una noche fría cuando llegué. En el cielo había pocas estrellas y el viento glosaba lentamente la melodía infinita de la noche... Nadie debe de hablar ni de pisar fuerte para no ahuyentar al espíritu de la sublime Teresa... Todos deben sentirse débiles en esta ciudad de formidable fuerza...

Cuando se penetra por su evocadora muralla se debe ser religioso, hay que vivir el ambiente que se respira.

Estas almenas solitarias, coronadas de nidos de cigüeñas, son como realidad de un cuento infantil. De un momento a otro espérase oír un cuerno fantástico y ver sobre la ciudad un pegaso de oro entre nubes tormentosas, con una princesa cautiva que escapa sobre sus lomos, o contemplar a un grupo de caballeros con plumajes y lanzas, que embozados en capas rondaran la muralla.

El río pasa casi sin agua por entre peñascos, bañando de frescura unos árboles desmirriados, que dan sombra a una evocadora ermita románica, relicario de un sepulcro blanco con un obispo frío rezando eternamente, oculto entre sombras... En las colinas doradas que cercan la ciudad la calma solar es enorme, y sin árboles que den sombra tiene allí la luz un acorde magnífico de monotonía roja... Ávila es la ciudad más castellana y más augusta de toda la meseta colosal... Nunca se siente un ruido fuerte, únicamente el aire pone en sus encrucijadas modulaciones violentas las noches de invierno... Sus calles son estrechas y la mayoría llenas de un frío nevado. Las casas son negras con escudos llenos de orín, y las puertas tienen dovelas inmensas y clavos dorados... En los monumentos una gran sencillez arquitectónica. Columnas serias y macizas, medallones ingenuos, puertas calladas y achatadas y capiteles con cabezas toscas y pelícanos besándose. Luego en todos los sitios una cruz con los brazos rotos y caballeros antiguos enterrados en las paredes y en

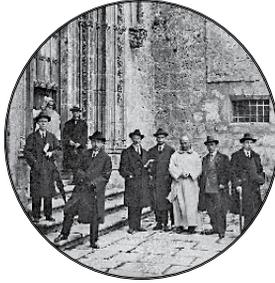
los dulces y húmedos claustros... ¡Una sombra de muerta grandeza por todas partes!... En algunas oscuras plazuelas revive el espíritu antiquísimo, y al penetrar en ellas se siente uno bañado en el siglo xv. Estas plazas las forman dos o tres casonas con tejados de flores amarillas y únicamente un gran balcón. Las puertas cerradas o llenas de sombra, un santo sin brazos en una hornacina, y al fondo la luz de los campos que penetra por una encrucijada miedosa o por alguna puerta de la muralla. En el centro una cruz desquiciada sobre un pedestal en ruinas y unos niños andrajosos que no desentonan con el conjunto. Todo esto bajo un cielo grisáceo y un silencio en que el agua del río suena a chocar constante de espaldas.

II

La Catedral, formidable en su negrura sangrienta, cuya cabeza epopéyica tiene por cerebro al *Tostado*, dejó escapar la miel de sus torres y las campanas lo llenaron todo de religiosidad ideal... El interior del templo es abrumador por su sombra pasada incrustada en sus paredes y por su oscuridad tranquila, que invita a la meditación de lo supremo.

El alma que crea y esté llena de fe celestial, que sueñe en esta Catedral que levantaron aquellos reyes de hierro de una edad guerrera. El alma que vea la grandeza de Jesús que se suma en estas sombras húmedas con ojos de cirios para sentir consuelo espiritual... Así, en un rincón escuchando al mago órgano y oyendo el tintineo grave de una campanilla, podrá pensar sin ser visto y gozar de una dulzura que únicamente encuentra allí. Eso es adoración a Dios, pero nunca entre luces, trompetas y ante una estatua de colorines colocada irrisoriamente sobre un promontorio de flores de trapo... Esta Catedral hace pensar, aunque el alma que pasee sus galerías

esté desposeída de la luz de la fe... Esta Catedral es un pensamiento de más allá en medio de una interrogación al pasado... El incienso y la cera forman un aire marmóreo y místico que da consuelo a los sentidos... En algunos rincones hay sepulcros olvidados con estatuas mutiladas y cuadros que son una mancha indefinida por la que asoma algunas veces una cara espantada o una pierna desnuda, como un enigma. Muchos ventanales rasgados, están cerrados a la luz y sus dibujos se recortan sobre el muro. Las lámparas de plata muestran su alma amarillenta sobre las sombras santas, y un gran crucifijo que se levanta en el crucero pone una nota de sacra albura sobre la luz cenicienta del ábside... Unas viejas con largos y gruesos rosarios suspiran y silabeán tristonas junto a las pilas de agua bendita y una mujerzuca reza llorosa a una virgen que tiene un corazón de plata sobre su pecho y una fauna absurda en sus pies. Se oyen algunos pasos lejanos y después una soledad de sonidos tan angustiante, que llena de amargura dulcísima el corazón... Al salir de la Catedral, el retablo de la portada está lleno de sol de la tarde, que hace de oro a los calados y a los santos apóstoles que en él se hallan, y dos monstruos cubiertos de escamas y con caras humanas, recuerdan al que pasa el antiguo y generoso derecho de asilo... Por calles llenas de quietud y oro de crepúsculo, se desemboca en una plaza que posee una iglesia dorada que la tarde hace un inmenso topacio... Y desde un muro viejo se contemplan a los campos solitarios bajo el preludio de la noche. En el fondo y sobre las colinas, hay una lumbrada de color rojo, y encima de los campos un polen amarillento y suave. La ciudad se tiñe de color anaranjado y las campanas dicen todas el ángelus con un aire pausado y ensoñador... Poco a poco la noche va llegando, unos pinos se mecen airosos en la umbría y las cigüeñas de las murallas vuelan sobre una espadaña... Pronto el oro será plata con la luna.



LA CARTUJA



*... Porque el que siembra para su carne de la carne segará corrupción,
mas el que siembra para su espíritu del espíritu segará vida eterna.*

Epístola de San Pablo a los Gálatas 6:8

I

El camino que conduce a la Cartuja se desliza suave entre los sauces y las retamas, perdiéndose entre el corazón gris de la tarde otoñal. Las laderas, tapizadas de verde oscuro, tienen una modulación delicada al morir en la llanura. Sobre el campo castellano, plomiza niebla azul de transparencias acuosas y fantásticas a las cosas. Ningún color definido en la plancha pesada del suelo. A lo lejos, torres cuadradas y severas de pueblo de abolengo, hoy mutilados, solos en su grandeza.

Tristeza derramada, ingenuas montañas, acorde mayor de plomo derretido, suavidades simples, y en los horizontes, vagos fulgores de ceniza tornasol. A los lados del camino, árboles macizos de ramajes sonoros meditan inclinados ante la amargura infame del paisaje. A veces el viento hace llegar solemnes marchas en un tono constante, que apaga un seco sonido de hojas marchitas.

Por una vereda va un grupo de mujeres con faldas agresivas de bayeta encarnada. Una puerta ojival, bordada de manchas por el sol, se levanta en el camino como un arco triunfal... Tuerce el sendero, y la Cartuja aparece con todo su ropaje funeral. El paisaje muestra toda su intensidad de sufrimiento, de ausencia de sol, de pobreza pasional.

La ciudad se extiende negruzca con las rayas de las alamedas, enseñando al monstruo gótico de su Catedral, labor de un orfebre gigante, recortada sobre un triunfo color morado. El río lleno de agua da impresión de sequedad, las masas arbóreas semejan borrones de oro antiguo, los sembrados despliegan las líneas rectas de sus pentagramas, perdiéndose en las tonalidades húmedas del horizonte. Este paisaje asceta y callado tiene el encanto de la religiosidad dolorosa. La mano eterna no derramó en él sino la melancolía. Todas las cosas expresan en sus formas una amargura y desolación formidables. La visión de Dios es en este paisaje la de inmenso temor. Todo está sobrecogido, miedoso, aplanado. El alma pobre del pueblo expresa su angustia en su hablar, en su andar, lento y grave, en su temor al diablo, en su superstición. Todos los caminos escoltados por cruces herrumbrosa; en las iglesias, Cristos en covachas polvorientas, aderezados con abalorios, exvotos mugrientos y trenzas de pelo chamuscado por el tiempo, ante los cuales rezan los campesinos con la trágica fe del temor. ¡Inquietante paisaje el de las almas y los campos!...

En medio de toda esta solemnidad, la Cartuja se eleva como portadora de la angustia general. En la amplia plazoleta que la antecede, una cruz con su Cristo ventrudo pone la nota de severo recogimiento... La Cartuja es un sombrío caserón ungido con la frialdad del ambiente. El cuerpo de la iglesia se eleva sobre lo demás, coronado de pináculos sencillos y una cruz. Lo restante es de piedra semidorada, sin ningún adorno. Tres achatados arcos dan entrada a un portalón enjalbegado, donde hay que llamar.

La puerta se abre y aparece a contraluz un cartujo con su hábito blanco de lana y pálido como el mármol, con una barba enorme cubriéndole el pecho. Chilla la puerta apagadamente y se penetra en el patio. La luz es suave y tenue. En el centro, entre rosales y yedras, surge una blanca escultura de San Bruno, llena de majestad sentimental. A la izquierda está la portada de la iglesia,

fuerte de línea, viril de conjunto, en cuyo tímpano la escena del Calvario aparece expresada con dolor primitivo. En los rincones hay brochazos de verde humedad que flota en el aire helado. El fraile nos entra en la iglesia, nevada tumba de reyes y príncipes, divino escenario de hechos medievales. En el fondo, el soberbio retablo reproduce figuras de santos ataviados ricamente, entre los que descuella la espantosa visión del Cristo tallado por Siloé, con el vientre hundido, las vértebras rompiendo la piel, las manos desgarradas, el cabello hecho raros bucles, los ojos hundidos en la muerte, y la frente deshecha en cárdeno gelatinoso... A su lado los evangelistas y apóstoles, fuertes e impasibles, escenas de la Pasión con rigidez cadavérica, y sosteniendo la Cruz, un Padre Eterno con gesto de orgullo y fiereza, y un mancebo corpulento con cara de imbécil.

Sobre la cabeza de Cristo, el blanco pelícano de la Escritura, y contemplando el conjunto, coros de ángeles, medallones, escudos reales, maravillosos encajes ojivales y toda una fauna de santos y animales desconocidos. Todo el retablo tiene una sola impresión de dolor: el Cristo. Lo demás está divinamente ejecutado, pero no dice nada. La figura del Redentor aparece llena del misticismo trágico del momento, pero no encuentra eco en el mundo de esculturas que lo rodean. Todo está muy lejos de la pasión y del amor, solo Él está desbordado de apasionada lujuria, de caridad y pesadumbre, en medio de la indiferencia y orgullo general. ¡Retablo magnífico de vibrante simbolismo! A sus pies, el grandioso sepulcro de los reyes de Castilla, Juan I y su mujer, es una hoguera de mármol blanco. Las estatuas yacentes están colocadas sin la muerte en los gestos. El artista supo infundir en los rostros y en las actitudes el retrato admirable del cansancio y el desprecio real. Tienen las manos transparentes y cálidas, recogándose los mantos riquísimos cuajados de piedras preciosas, recamados de labores con flores elegantísimas. De los dedos les pende un rosario de grandes cuentas, que va ondulando por los pliegues del manto a morir en

los pies. Tienen vueltas las caras, como para no verse, con un rictus de supremo desdén.

Alrededor vive toda la doctrina cristiana hecha piedra: virtudes, apóstoles, vicios. Algunas figuras de alabastro recortan en las sombras sus aristocráticos perfiles; hay graciosos monjecillos en oración, raros hombres con libros abiertos, caras pensativas con labios sensuales, monos entre pámpanos, leones sobre bolas, perros dormidos y lazos con frutas, naranjas, peras, manzanas, racimos de uvas. Todo un mundo fantástico y enigmático rodeando a la realeza muerta. Al lado se alza otro soberbio sepulcro del infante don Alfonso, de suave ritmo, pleno de fúnebre severidad... La luz se apaga un poco. Frente a los sagrarios tiemblan las llamas. Hay olor a extraña humedad y a incienso.

Un monje de cara rasurada y de ojos brillantes aparece en el coro, se inclina repetidas veces, y abriendo el breviario se abisma en las páginas. El fraile que me acompaña me hace notar el delicado dibujo de la admirable sillería coral. El ruido de los pasos extiende sus ondas concéntricas por el aire, llenando a la iglesia de sonido... Por los ventanales revolotean palomas.

II CLAUSURA

Después de haber visitado la iglesia, el monje venerable, me llevó a contemplar una imagen de San Bruno colocada en un detestable altarito situado en una capilla reservada. «Este es el San Bruno de Pereira», me dijo... y refirió una serie de anécdotas a propósito de la imagen. Indudablemente la escultura está bien hecha, pero ¡qué poca expresión! ¡Qué actitud de eterna teatralidad! El santo del silencio y de la paz mira al crucifijo que lleva en las manos con aire

indiferente, como si mirara otra cosa cualquiera. Ni el sufrimiento espiritual, ni la lucha con la carne, ni la locura celestial aparecen grabados en el gesto de la efigie. Es un hombre... cualquiera que haya pasado cuarenta años en el mundo tiene el sello mismo del sufrimiento vulgar... Estamos en España soportando una serie insostenible de esculturas ante las cuales los técnicos se extasían, pero que no poseen en sus actitudes, en sus expresiones un momento de emoción. Son modelos admirablemente retratados y a veces admirablemente policromados... pero qué lejos está el alma del personaje del retrato.

Los santos héroes de historias lejanas, románticos del sufrimiento por amor a Dios y a los hombres, no encontraron su encarnación artística. ¡Hay que pasar por las salas del museo de Valladolid! ¡Horror! Bien es verdad que hay algunos aciertos, muy pocos... pero lo demás...

Causa pena profunda observar la espantable medianía de la escultura. Es el arte que toca más a la tierra. Los genios de ella llegaron a la primera nota de la escala espiritual... Nunca dieron un acorde...

Es algo la escultura, muy frío y muy ingrato al artista. La fuente apasionada del escultor se estrella ante la piedra que talla... Quiere dar vida y la da, quiere dar sentimiento y alma y la da en las figuras... pero no puede abrir en ellas el libro sagrado y dulce en que los demás hombres leen las emociones que los llevan al solitario jardín de los sueños... Reproducen... nunca crean...

Este santo que tiene la rudeza de un patán y la fortaleza de un castellano pueblerino, me hace la impresión del retrato de un pobre lego antiguo, de esos que repartían la sopa boba por las tardes rodeado de una turba de pobres envejecidos por el hambre. Pobre idea del pobre señor Pereira, que imaginó al Bruno loco del misticismo reposado y doloroso como un hombre vulgarísimo, después de haber comido y discreteado un poco... Desdichada imaginación

del señor Pereira, como casi todos los escultores que exponen en Valladolid, que hicieron de figuras ideales, casi fantásticas, retratos de hombres recios, de idiotas y de bobalicones...

«¡Ay! —exclamarán muchos— ¡qué disparate! ¡Estas esculturas son magníficas! ¡Note usted la maravilla de esas manos! ¡Fíjese usted, qué cosa tan anatómica!». Sí, sí señor, pero a mí únicamente me convence el interior de las cosas, es decir, el alma incrustada en ellas, para que cuando las contemplemos puedan nuestras almas unirse con las suyas. Y originar en esa cópula infinita del sentimiento artístico el dolor agradable que nos invade frente a la belleza... A esta estatua de San Bruno, tan cacareada por sabios y no sabios, únicamente le observé, mejor, le puse toda la indiferencia cartujana. Bien es verdad que el autor no quiso hacer la estatua indiferente, pero así me resultó a mí. Aquella mirada fría, inexpresiva, ante la amargura del suplicio de la cruz encierra el enigma de la Cartuja... Así lo veo yo...



«...Y por unas circunstancias que no son del caso relatar pude entrar en clausura...». El monje de las barbas, severo y simpático, me acompañó.

Salimos de la iglesia... Ya la tarde quería decir sus últimas modulaciones en oro, rosa y gris. Era sereno el ambiente como el agua estancada de los bosques. Era dulce la luz como una nostalgia de amanecer. Eran tranquilas las palabras como rezos crepusculares...

Una puertecita achatada se abrió, y entramos en el recinto sagrado de la clausura. No hay suntuosidad interior en esta Cartuja de Miraflores. En el pasadizo de la entrada luce sus colores feos una horrible colección de cuadros con escenas de martirios... El retrato de un monje impone silencio, llevándose un dedo a los labios... El corredor se perdía en una claridad lechosa.

Al final, otro corredor lleno de puertecitas abiertas en la blancura de las paredes, y una cruz de madera pintada de negro... Hay solemnidad humilde, austeridad angustiosa, y silencio de inquietud en estas estancias. Todo callado a la fuerza. Porque sobre estos techos hay cielo, y palomas, y flores, y sobre estos techos hay tormentas, y lluvias, y nieves..., pero la fuerza de unas torturas espirituales pone las notas de quietud espantosa en estos claustros pobres y blancos. Nada se oye..., nuestras pisadas son insultos que despiertan a los ecos lejanos.

De cuando en cuando, al detenernos en nuestra marcha, fluye el plomo de la quietud con toda su pasión... Huele a membrillos al pasar por algunas habitaciones umbrosas. Huele a sufrimientos y pasiones casi ahogadas. Husmea Satanás en medio de la soledad. Es doloroso el silencio de la Cartuja. Estos hombres se retiraron de la vida huyendo de sus vicios, de sus pasiones. Fueron a ocultar en este relicario de añeja poesía toda la amargura de su corazón. Adivinaron un estado de quietud espiritual, un algo encantado donde sepultar sus deseos, sus desgracias; pero no lo consiguieron... Seguramente aquí se reflorecieron sus pasiones de una manera exquisita.

La soledad es la gran talladora de espíritus. El hombre que entró en la Cartuja trémulo y aplanado por la vida, no encontró aquí el consuelo.

Somos muy desdichados los hombres, queremos regirnos por nuestros cuerpos y supeditar las cosas a nuestros cuerpos, sin contar para nada con las almas. Estos hombres sepultan aquí sus cuerpos, pero no sus almas. El alma está donde ella quiere. Todas nuestras fuerzas son inútiles para arrancarla donde se clava. Además... ¿qué sabemos nosotros lo que desea nuestra alma?

¡Qué angustia tan dolorosa estos sepulcros de hombres que se mueven como muñecos en un teatro de tormentos! ¡Qué carcajadas de risa y llanto dará el corazón! Nuestras almas reciben las

pasiones admirables, y ya no se pueden sacudir de ellas. Lloran los ojos, rezan los labios, se retuercen las manos, pero es inútil; el alma sigue apasionada, y estos hombres buenos, infelices, que buscan a Dios en estos desiertos del dolor, debían comprender que eran inútiles las torturas de la carne cuando el espíritu pide otra cosa.

Es harta cobardía estos ejemplos de los cartujos. Ansían vivir cerca de Dios aislándose..., pero yo pregunto ¿qué Dios será el que buscan los cartujos? No será el Jesús seguramente... No, no... Si estos hombres desdichados por los golpes de la vida soñaran con la doctrina del Cristo, no entrarían en la senda de la penitencia sino en la de la caridad. La penitencia es inútil, es algo muy egoísta y lleno de frialdad. Con la oración nada se consigue, como nada se consigue tampoco con la maceración. En la oración se pide algo que no nos pueden conceder. Vemos o queremos ver una estrella lejana, pero que borra lo exterior, lo que nos rodea. La única senda es la caridad, el amar los unos a los otros.

Todos los sufrimientos puede tenerlos el alma, lo mismo en el estado de penitencia que en el de caridad; por eso estos hombres que se llaman cristianos debían no huir del mundo, como hacen, sino entrar en él remediando las desgracias de los demás, consolando ellos para ser consolados, predicando el bien y esparciendo la paz. Así serían con sus espíritus abnegados verdaderos Cristos del Evangelio ideal. Es verdaderamente anticristiano una Cartuja. Todo el amor que Dios mandó nos profesáramos falta allí, ni ellos mismos se quieren. Solo se hablan los domingos un rato, y solo están juntos durante los rezos y la comida. No son ni hermanos. Viven solos...

¡Y todo por no pecar... por no hablar! ¡Como si en las meditaciones íntimas no hubiera pecado! Quieren, como he dicho antes, ser cuerpos sin mancha, porque el alma..., el alma puede con todas las maceraciones. Estos desdichados a quien todos debemos compadecer, creen engañarse y engañar sus sentidos con

una tortura de la carne. ¿Quién puede asegurar que alguno o casi todos no sienten deseos, ni aman a mujeres lejanas por quien entraron allí; ni odien ni se desesperen?... Tendrán el Cristo delante como el San Bruno de Pereira, llorarán invocando a los espíritus celestiales, pero sus almas amarán y desearán y odiarán..., y la carne también se desatará..., y por las noches muchos hombres de estos que son jóvenes y vibrantes de vida, verán desde su cama visiones de mujeres a quien amaron, gentes a quien despreciaron, y amarán y despreciarán, y querrán cerrar los ojos, pero los tendrán abiertos..., porque los hombres no somos quién ni podemos encauzar nuestras almas hacia el lago sin inquietud y sin dolor que deseamos. Estos hombres admirables de decisión, huyen del ruido creyendo que los pecados se esconden en él, y cayeron en otro lugar propicio a los pensamientos y por lo tanto al pecado. Cayeron en un jardín abonado para el bien y el mal, y gustaron una gran pasión, ellos que tanto huían de ella. La gran pasión del silencio.

Aquí mueren habiendo apurado la copa de la pasión espiritual, y sin haber hecho ningún bien... ¿Bien a ellos?... Creo que no, porque si hubieran apurado sus lágrimas entre los desgraciados, se llevarían al otro reino un rosal piadoso con las rosas blancas del recuerdo, mientras así mueren sin haber gustado las maravillas espirituales del bien cumplido... Además, estamos aquí sin saber por qué... ¿Dios nos da sufrimientos? pues sufrámoslos..., no nos queda otro remedio.

Pero a veces me parece que sois geniales protestantes del mismo Dios al huir del mundo que él creó, para buscar otro Dios de calma y sosiego..., pero no podéis, porque las crueldades refinadas por su dolor que acompañan a nuestro corazón, viven con nosotros hasta la muerte...

¡Qué silencio tan abrumador! Todos ven así el silencio cartujano, paz y tranquilidad. Yo solo veo la inquietud, desasosiego, pasión formidable que late como un enorme corazón por estos

claustros. El alma siente deseos de amar, de amar locamente y deseos de otra alma que se funda con la nuestra..., deseos de gritar, de llorar, de llamar a aquellos infelices que meditan en las celdas, para decirles que hay sol, y luna, y mujeres, y música; de llamarlos para que se despierten para hacer bien por su alma, que está en las tinieblas de la oración, y cantarles algo muy optimista y agradable..., pero el silencio reza su canto gregoriano y pasional.

Al pasar por una estancia fría y severa, se ve una Virgen con su manto celeste bordado de estrellas, con un niño chiquito alegre, llevando su corona altísima imperial..., algo que recordaba el mes de Mayo..., una alegría religiosa entre aquella tristeza cartujana.

Nadie se ve por los salones, solo nos habla la humedad y olores extraños de cera, de huerto umbrío.

Y más silencio, y silencio, y una gran sensualidad... ¡Enorme pesadilla la de estos hombres que huyen de las asechanzas de la carne y entran en el silencio y la soledad, que son los grandes afrodisíacos!...

Pasamos por el comedor, que tiene una dignidad señorial con su púlpito para las tremendas lecturas de martirios y ejemplos píos..., con los vasos blancos, las mesas pobres con aire de castidad... Unas cortinas rojas dejan pasar la luz llenando al salón de tinte rojizo tristísimo..., más corredores deshabitados, y el gran patio de la Cartuja.

Tiene este patio un rincón de cipreses lleno de miedo y misterio, donde son enterrados los monjes. Una cruz se alza en el centro cuajada de herrumbre de color oro viejo. Una gran sombra azul llena la melancolía del ambiente.

Hay rosales mustios, y madre selvas cubriendo románticamente los muros. Hay mimbres de las que lloran sus ramas elegantísimas y funerales. Hay plantaciones en el suelo y perales y manzanos...

En el centro, una gran fuente canta la melodía del agua con el runrún temeroso..., tiene algas que chorrean lamiendo la piedra...

Un mascarón sonríe con su cara rota y casi borrada...

En el fondo y junto al cementerio hay un triunfo de yedras...
Cae la tarde preñada de color íntimo y suave... Atravesamos otra
vez lo andado y salimos al patio exterior de la Cartuja... Todo es-
taba bañado de rosa maravilloso. Era la quietud de la naturaleza.

Son  la campana el  ngelus con su voz grave y armoniosa...
El monje se arrodill , cruzó las manos, bes  al suelo... En el tejado
bajo una covacha se arrullaban dos palomas... Hora en que pasan
las almas hacia la eternidad... El viento hablaba entre las ramas y
ponía temblores de manantial en las hojas de las yedras... Al salir,
las lejanías esparcían su infinito tono gris.



RUINAS



*A Fernando Vilchez, artista
todo bondad y simpatía.*

El viajero se detiene emocionado ante las ruinas. Contempla las antiguas visiones de fortalezas deshechas y siente un cansancio abrumador. Sobre los arcos rotos, en las puertas que entran a recintos alfombrados con ortigas y capiteles yacentes, en las altas paredes solitarias, la esencia de mil colores tristes se esparció entre los mantos reales de las yedras.

La visión decorativa de una ruina es magnífica... La luz entra por los techos derrumbados, y no tiene dónde reflejarse..., solo en las covachas de una galería abierta a los campos, o en un claustro, penetra modulando tonalidades sombrías.

El contraste de los colores verdes, y los dorados bajo la caricia dulce de la luz, forma una gama admirable de apagamiento y amargura.

Otro de los encantos de las ruinas son los ecos.

Los ecos perdidos en los campos anidaron en las esquinas desmoronadas, en las bodegas llenas de plantas salvajes.

En las ruinas de las llanuras hay ecos hasta en los sitios más escondidos. En la amplia soledad de las llanuras no tienen estos geniecillos parajes donde reposar, y cuando el vetusto edificio se derrumbó, ellos penetraron en sus muertas estancias para hacer burla de todo sonido, repetir la risa, y el grito desconsolado, multiplicar las pisadas, y confundir las conversaciones en un mareo de palabras.

Las ruinas se van hundiendo lentamente en el terreno hasta que quedan sepultadas del todo, las figuras invisibles que las habitaron se marchan, y los ecos vuelven a danzar otra vez por las lla-

nuras para dormirse en espera de despertar. Se hunde el escenario y se acaba la leyenda. Los pájaros vuelan a otro sitio más agradable, los reptiles huyen a otras madrigueras más ocultas, y al hundirse la ruina en la tierra acabó la tragedia histórica...

Antes que el prestigio romántico, decorativo y artístico, tienen las ruinas el prestigio miedoso.

Huyeron los frailes, o los señores que habitaban los castillos, pero en el tiempo una noche, un campesino rezagado que volvía tarde al poblado, ve entre las malezas una gran figura blanca, con dos ojos verdosos que miraban pausadamente, después oye gritos de tortura infinita en los sótanos del castillo y arrastrar de cadenas por las naves deshabitadas... Huye el campesino, cuenta lo que ha visto y todo el pueblo se revoluciona... ¡Hay fantasmas en las ruinas! Ya nadie va a visitarlas y adquieren brillo sombrío... Una vieja del pueblo, una noche de tormenta, al calor de la lumbre y después de ordenar a los niños que se marchen, cuenta a los vecinos una historia pasada que a ella le contó su bisabuela. Una historia de amor y de duendes que pasó cuando estaba habitada la ruina... Aquella fantasma blanca que se había aparecido, sería la señora que se metió a monja después de matar a su marido..., y todos se santiguan... Luego otra noche otro vecino vio con la luz tibia de la luna, al fantasma que bogaba en el río... Después hubo tormenta...

Todas las ruinas tienen una historia miedosa. Unas se conocen, otras ya las han olvidado.

La ruina evoca baladas miedosas de almas en pena.

Toda la literatura romántica puso sus figuras fantásticas en las ruinas..., porque el alma de la ruina es eso: un fantasma blanco muy grande, muy grande, que llora por las noches desmoronando piedras y oculto entre las yedras, al son meloso del agua que pasa por las acequias.

FRESEDELVAL

El paisaje es tranquilo y reposado. Montes con encinas. Ambiente rojo y gris. Serpientes verdes de carreteras que trepan los montes lejanos, y amplitud de soledad.

Recostado en un declive del monte y cercado con la negra verdura de los olmos se asienta el monasterio derruido. Tiene en sus alrededores declives suavísimos de yerbas marchitas y promontorios que son casi colinas, desde donde se divisa la esplendidez bronceada del panorama.

Los primeros montes son ásperos y rojos; las lejanías son manchas de alamedas entre neblinas opacas... Entre los olmos serenos asoman las ventanas ciegas del convento antiguo. Tiene una esplendidez legendaria religiosa. Es de abolengo aristocrático de reyes y príncipes. Una figura principal de la leyenda es un cautivo moro converso al cristianismo..., pero el ambiente de las leyendas desapareció de estos lugares. Hay arcos elegantísimos que aún se tienen en pie soportando las greñas verdes de las yedras. Hay medallones sin cabeza. Hay rosetones góticos que dejan pasar la luz suavemente. Yerbas y flores salvajes cubren la ruina... En el claustro gótico se extiende una gran humedad verde y gris... Hay un rincón de abolengo castellano que pudiera servir de fondo a una figura de capote y ojos marchitos..., es un resto de claustro Renacimiento de una gran sencillez. Columnas fuertes, arcos chatos, y un gran alero. El fondo es negro, y el suelo de yerbas, delante hay un carro abandonado y unos pesebres de madera podrida, más allá una puerta desvencijada con un esquilín, y yedras y saúcos... Muy cerca, una columna rota se mira en un estanque... Todo está quieto en la tarde. Hay castidades hondas en el paisaje.

UN PUEBLO

En el silencio de la tarde al pasar por el pueblo castellano, el sol ponía sus notas doradas en la torre lánguida de la iglesia y en las casitas humildes. Unos viejos están sentados junto a la portada. Son como figuras de piedra que estuvieran en una ceremonia de gran religiosidad. Alguna vez uno mueve una mano. Las puertas están cerradas... Nacen unas colmenas entre flores... Una mujeruca da de comer a un lechón. Por las tapias de los corralones asoman largos palos abandonados. Son las lanzas que esperan. A la salida del pueblo hay toros bebiendo en un remanso, donde está el agua casi podrida... De los fondos empiezan a salir las nieblas rojas del atardecer.

UNA CIUDAD QUE PASA

Cielo azul. Tranquilidad solar. Por las encías de las murallas pasan ovejas blanquísimas dejando nubes de plata vaporosa. La ciudad deja sonar sus trompas de suavidad metálica como miel infinita.

Hierro... Estallidos de solemnidad. A lo largo y entre los humos del caserío se dibujan los triunfos románticos de las iglesias señoriales, severas, distinguidas, un poco chatas, con sus campanas paradas, con sus veletas que son cruces, corazones, sierpes, con sus colores de oros perdidos en verduras mohosas... Hay ópalos amarillos sobre las garras monstruosas de los montes. Hay sobre la ciudad medieval temblores de luz... Hay un reposo musical de las cosas... La mañana está clara.

UN PALACIO DEL RENACIMIENTO

Plaza amplia y desierta..., hay árboles viejos y corpulentos. En una blanca fachada un pilar carcomido y deshecho cuyos caños hace

mucho tiempo no sintieron la caricia del agua... El suelo está cubierto de yerbas. En una esquina hay una hornacina vacía... En el fondo de la plaza está el palacio.

Es una rara impresión encontrarse esta magnificencia aristocrática junto a las casucas pobres de este rincón muerto... El palacio es hermosamente dorado... Tiene balcones amplios y señoriales, con serpientes enroscadas en sus columnas, medusas espantadas y tritones fantásticos.

En los frisos hay comitivas de locura llenas de gracia y movimiento, pero que se pierden entre la piedra a medida que pasa el tiempo.

En estas cabalgatas hombres musculosos van desnudos, apretando guiraldas de rosas que cubren sus sexos, y las mujeres llevan las bocas abiertas lujuriosamente y sus brazos son serpientes que se retuercen para convertirse en hojas de acanto y lluvias de bolitas. Las marchas las cortan monstruos marinos con cuernos de árboles y manos de flores, que abriendo sus bocas hacen huir a las demás figuras. Algunas vuelan absurdamente y otras descansan muy serias con las manos sobre los senos. Cobija este bosque decorativo de flores y figuras un gran alero primorosamente labrado, sostenido por grandes zapatas en las que hay hombrotes destartalados, perrazos enormes, caras de noble expresión, entre ramajes de rostrillos, de margaritas, de puntas de diamante, y de cabecitas de chivo... Coronando el palacio hay una veleta que tiene forma de corazón, a su lado se eleva un ciprés.

PROCESIÓN

Y sobre el altar de los sacros martirios, en donde descansan aquellos que fueron sangre y llamas por amor a Jesús, y sobre el arca de plata teñida de cielo por los vidrios místicos, el sacerdote vestido de luz y de grana destapó el cáliz antiguo, y haciendo una reverencia co-

mulgó... El órgano lloró sus notas de melancolía con Gounod. El incienso hacía gestos mimosos y en el aire se sentía una campana pausada entre un hueco arrastrar de pies... El palio, esencia de la solemnidad, y la cruz de oro con enormes esmeraldas se mecían lentamente entre la tragedia de los versos latinos, mientras el órgano seguía diciendo un poema de pasión y desfallecimiento... La procesión descendió del ara sagrada, hubo un gran suspiro en la luz y los sacerdotes de manos blancas sostenían cirios fuertes, y caminaban al son de una melodía de un siglo lejano... Los sochantres gritaban profundos y sentenciosos, los seises ponían sus notas agudas sobre los medios puntos, los pertigueros golpeaban el suelo con sus varas, y los incensarios dulces al atravesar el aire entrechocaban sus cadenas... Todo esto envuelto entre una vaguedad gris de incienso y un aliento frío de humedad... Atravesaron unas grandes verjas de bronce que se llenaron de topacios con los cirios, y abriendo una puerta tallada por manos ingenuas, salieron al claustro que estaba rebosante de colores apagados... En las paredes había estatuas bizantinas con ojos de azabache, carteras empolvadas que rezan alguna bula u oración pasada, sepulcros fríos con caballeros armados en mármol y damas rígidas con leones a los pies... La comitiva penetró en el claustro al melodioso y fúnebre grito del fagot y a la rítmica ensoñación gregoriana...

Al pasar por los sepulcros se detienen y claman graves los resposos, que resuenan por las bóvedas como un eco de terror... Ahora se paran a rezar a un obispo yacente. Dicen todos una canción fúnebre y se callan... En ese momento el oficiante, que va el último, canta con voz lejana un versículo atroz... El incienso da claridad lechosa y vaga, la procesión vuelve a ponerse en marcha rezando en voz baja y entre el ruido de pies que se arrastran se oye el alma de la Catedral gemir alocada... El altar solitario, rodeado de cirios grandes y de golpes de plata repujada, espera al oficiante que haga ver sus encantos espirituales... Una Virgen sentada en un

trono aguarda la oración del ministro del Señor, y la hostia está en la nada hasta que se pronuncie el conjuro... Los maceros, con peluca rubia y sayales de damasco avanzan sobre el altar, pasan las filas de sacerdotes vestidos de telas riquísimas, y por último asoma el obispo, que es el que lleva las reliquias... Al llegar al altar las músicas se callan, el que viste de morado musita algo ininteligible. Unas campanas suenan, las gentes se arrodillan, y entre el plomo y la seda del incienso se eleva una urna de cristal y cobre, que encierra una tibia negruzca y reseca. El reloj de la ciudad da las doce y los monstruos del coro sonríen siempre con una eterna expresión.

AMANECER CASTELLANO

No han roto las nieblas de la noche. Por el horizonte se va abriendo una ráfaga de luz blanca que llena de claridad sombría a los pardos terronales. Sobre las acequias hechas espejos de verde azul, se miran los álamos quietos y fríos.

Hay una paz armoniosa en todo el paisaje. Las sierras lejanas tienen suavidades moradas y negras, las tierras se ocultan entre las nubes bajas de la niebla, de los cielos sin color está cayendo una llovizna de rocío...

Va tomando un tinte rojo y rosado el abismo crepúsculo... Un pueblo deja ver su torre que mira sobre el rosa del fondo. El viento empieza a danzar en la llanura... Silba un tren muy lejano, y entre los barbechos largos, surge un arado clavado en la tierra y abandonado.

MONASTERIO

Fuera de la ciudad está el convento. Le sirve de pórtico la tristeza de un compás. Compás este como todos, lleno de malvarrosas, de jazmines blancos que no huelen por no pecar, de yedras aristocráticas. Lugar de meditación, de melancolía monjil. Una campana

suenan grave y chillona al mismo tiempo, anunciando al visitante.

De ahí se pasa al locutorio humilde como el cuarto de una muchacha pueblerina, con sus santos de barro, con sus cromos negros en que hay Vírgenes con sombra de bigote a causa de las tintas viejas, y que están roídos por la polilla. Las monjas examinan al viajero con gran curiosidad, le preguntan, le aconsejan, enseñan todas las reliquias que poseen, y ríen, ríen.

Dan dulces rellenos de cabello de ángel, y cuentan una escena de la vida interior... Los sábados por las noches se reúnen todas a la luz del único quinqué que poseen, y sentadas en el suelo sobre corchos, hilan sus vestidos en ruecas legendarias. Alguna cuenta algo y las demás escuchan santamente... Mientras, los miedos y la leyenda cruzan los claustros y los patios despertando a los ecos y azuzando al viento para que suene su fagot en fa profundo.

CAMPOS

Es media tarde y el sol brilla con fuertes apasionamientos. Tarde de Julio llena de fortaleza y de trigos maduros... Por el amarillo rojizo de los trigales se ve correr la brisa suavemente..., alguna vez brilla una guadaña... En los ribazos verdes, hay amapolas, en las colinas con olmos hay ovejas. Hay algunos sembrados con avenas de plata. En el cielo anda casi invisible la luna en creciente... Por un monte se recorta la figura de un viejo pastor, y al religioso ambiente el sol va dando oros transparentes y llena de misticismo a las azuladas lejanías... Unos bueyes con los ojos dulcemente entornados caminan majestuosos al vaivén lánguido de la carreta. El aire estaba preñado de olores de trigo y de sol. Toda la maravilla de la tarde está en los fondos tornasolados. Alguna vez se descubre a lo lejos un torreón de piedra coronado de golondrinas que pían y pían, y pueblos sin color que surgen de pronto entre las colinas como cosa de encantamiento.

*En estas
caminatas sentimentales
y llenas de unción por la España de los
guerreros, el alma y los sentidos gozan de todo y
se embriagan en emociones nuevas que únicamente se
aprenden aquí, para que cuando terminen dejen la mara-
villosa gama de los recuerdos... Porque los recuerdos de viaje
son una vuelta a viajar, pero ya con más melancolía y dándose
cuenta más intensamente de los encantos de las cosas... Al
recordar, nos envolvemos de una luz suave y triste, y nos
elevamos con el pensamiento por encima de todo....*

FEDERICO GARCÍA LORCA



**COLECCIÓN
SOLVITUR AMBULANDO**

*Clásicos de la exploración y el viaje para volver a recorrer
el mundo con una mirada actual.*

CL#1 *Por el Himalaya. Exploraciones
por Asia Central, Karakórum y Pamir*

FRANCIS YOUNGHUSBAND

CL#2 *Viajes y paisajes*

MIGUEL DE UNAMUNO

CL#3 *Días de ocio en la Patagonia*

WILLIAM H. HUDSON

CL#4 *Cartas desde Estambul*

LADY MARY WORTLEY MONTAGU

CL#5 *Con las suelas al viento
Viajeros, eruditos y aventureros*

MARTÍN CASARIEGO

CL#6 *Verano en los lagos*

MARGARET FULLER

CL#7 *Japón inexplorado*

ISABELLA BIRD

CL#8 *Diario ártico*

Un año entre los hielos y los inuit

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

CL#9 *Impresiones y paisajes.
Con «Un poeta en Nueva York»*

FEDERICO GARCÍA LORCA

Recuerdos, paisajes, figuras, escenas... Es este uno de los textos más hermosos que se ha escrito sobre nuestro país y del que se cumple un siglo desde su publicación. Una rareza en la obra juvenil de Lorca, pues precede al resto de sus obras y en él asoman ya muchos de los temas que llevará a la poesía y al teatro tiempo después: la melancolía de la memoria, el drama de la muerte, la esencialidad de los espacios, la ensoñación, la soledad de la ruina. Ciudades como Ávila o Granada, lugares silentes, casi fantasmales, que salen al paso del caminante, al igual que las iglesias, sepulcros, aldeas austeras o jardines ensimismados; todo ello lo cubre con su velo poético este atento viajero que trata de fijar todas esas imágenes que le salen al paso.

Su experiencia neoyorquina, que cristalizará de forma póstuma en el poemario *Poeta en Nueva York*, el gran libro de viajes de la literatura española del primer tercio del siglo XX, cierra vitalmente su ciclo ambulante. Se incluye, a modo de broche, su propio testimonio en la ciudad y datos extraídos de su correspondencia, pues ambos periplos por España y América, que marcaron el comienzo y el final de su vida, conforman una luminosa oda al placer de viajar que no ha perdido su belleza.



*Los recuerdos de viaje son una vuelta a viajar, pero ya
con más melancolía y dándose cuenta más intensamente
de los encantos de las cosas...*

FEDERICO GARCÍA LORCA

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ISBN: 978-84-17594-14-5 | IBIC: WTL

